

EL GRILLOCUAJO

UNA HISTORIA DE MÚSICA,
GRILLOS Y AVENTURA.



Jorge Murillo Cucalón
Carlos Millán

Este libro fue hecho en el taller de La Peor Librería, rodeados de árboles y animales que generosamente nos acompañan todos los días.

Para conocer todos nuestros libros, visita
lapeorlibreriadelmundo.com

EL GRILLOCAJO

María Verónica Murillo
Carlos Millán Bernal

Para todos los que echamos de menos canciones, y para
las personas que nos permiten escucharlas.



Esta historia comienza con Renata tomando un vaso de lodo en el jardín de su casa.

Su mamá le había preparado el lodo, que no era lodo real, sino jugo de naranja recién exprimido, y mezclado con un poco de refresco de cola que lo hacía ponerse de ese color café claro.

A Renata le gustaba el verano. En la mañana, cuando el sol daba de lleno en el césped, nada la hacía más feliz que salir a su jardín a tomarse un vaso de su jugo, espeso y pastoso como la tierra. Saboreaba su naranja-lodo lentamente, mientras sus pies descalzos escarbaban el lodo verdadero del jardín, en uno de esos huequitos donde el pasto se estaba quedando más o menos calvo (como su tío Arnulfo).

Esta mañana en particular, Renata se había tomado el jugo especialmente rápido. Tenía un juguete nuevo: una arqueóloga en miniatura, vestida para descubrir los secretos de la jungla maya.

Renata se puso a observar de cerca un arbusto, con su muñeca en una mano y una lupa muy profesional que le había regalado su abuelo. Como siempre, había muchas cosas que ver entre las raíces y la tierra, y a ella le gustaba mucho estar acostada panza abajo sobre el pasto.

Le gustaba tanto que decidió proponerle a su muñeca arqueóloga un pequeño descanso, y mientras le platicaba





sobre los descubrimientos más importantes en la expedición de ese día, el sol la fue arrullando, casi sin que Renata se diera cuenta.

A media explicación sobre el abejorro que había visto sobre unas flores, dio un bostezo especialmente largo, y sus ojos se cerraron suavemente.

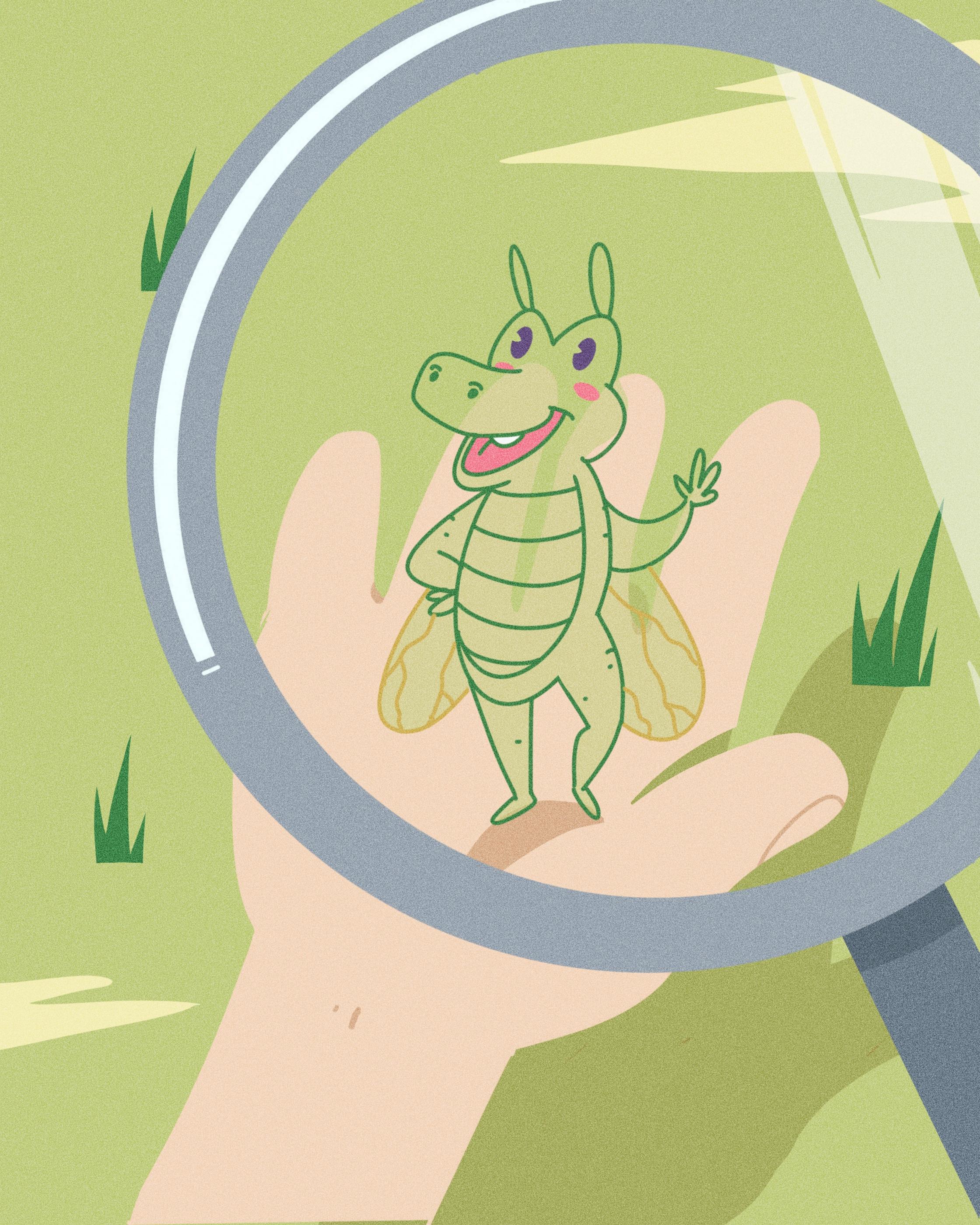
Cuando los abrió de nuevo, tenía encima de su pulgar un insecto que no había visto nunca antes en su jardín. Primero pensó que era muy parecido a uno de esos insectos hoja, pero cuando lo revisó bajo su lupa, Renata se dio cuenta de que en realidad el bicharrajo era transparente.

Lo que ella había tomado por una piel verde de insecto, era en realidad el color verde del pasto que se reflejaba a través del cuerpo de aquel pequeño visitante.

Visto desde cierto ángulo sí que parecía una hoja; pero si Renata bajaba su cabeza para verlo hacia arriba parecía más bien un lagarto, como uno de esos dragones de Komodo que había visto en YouTube.

Ahora que, si lo veía desde arriba, era alargado y ligeramente abombado en las patas traseras, que movía contra su propio cuerpo como si éste fuera un violín. Renata había oído decir que era así como los grillos producían su música.

Lo que más le llamaba la atención era que no parecía



asustado de ella en absoluto. No recordaba ningún insecto que la hubiera dejado mirarlo tan de cerca, e incluso cuando giró su mano para observarlo desde el frente, no se sobresaltó ni salió huyendo como hacían la mayoría de las criaturas que viven en el pasto.

Renata enfocó la cara del bicho bajo su lupa, y le pareció muy parecida a la que tendría una rana bebé. Un renacuajo. Recordaba esa palabra porque era muy parecida a su nombre, y pensaba que era estupenda dicha en voz alta: la hacía pensar en charcos y en pisadas pastosas sobre el lodo, que como ya sabemos le gustaba mucho.

De repente se dio cuenta que el renacuajo-insecto estaba moviendo mucho su boca, como si intentara hablarle.

“¡Pero los bichos no hablan!”, exclamó Renata intrigada.

Aún así, sólo para descartar que no estuviera imaginando cosas, Renata acercó lo más que pudo su oreja a la boca del insecto, y para su enorme sorpresa, escuchó una voz diminuta que repetía cuatro palabras que apenas alcanzó a distinguir.

“¡Ponme en el vaso! ¡Ponme en el vaso!”

Renata volteó a ver el vaso de su naranja-lodo, que había quedado bocabajo a unos pasos de allí. Caminó hacia allá para levantarlo y lo acercó a su mano. De inmediato, el bicho parlanchín saltó para colocarse dentro.



“Seguro que ahora me escuchas mejor”, dijo la misma voz de antes, pero en un nivel mucho más audible. “Un día mi papá entró a una de estas cosas por casualidad, y descubrí que sus canciones sonaban mucho más fuerte estando ahí dentro”.

Renata abrió la boca un par de veces para intentar hablar, pero no se le ocurrió qué decir. O mejor dicho, había demasiadas cosas que le hubiera gustado preguntarle al pequeño ser que la miraba a través del vaso.

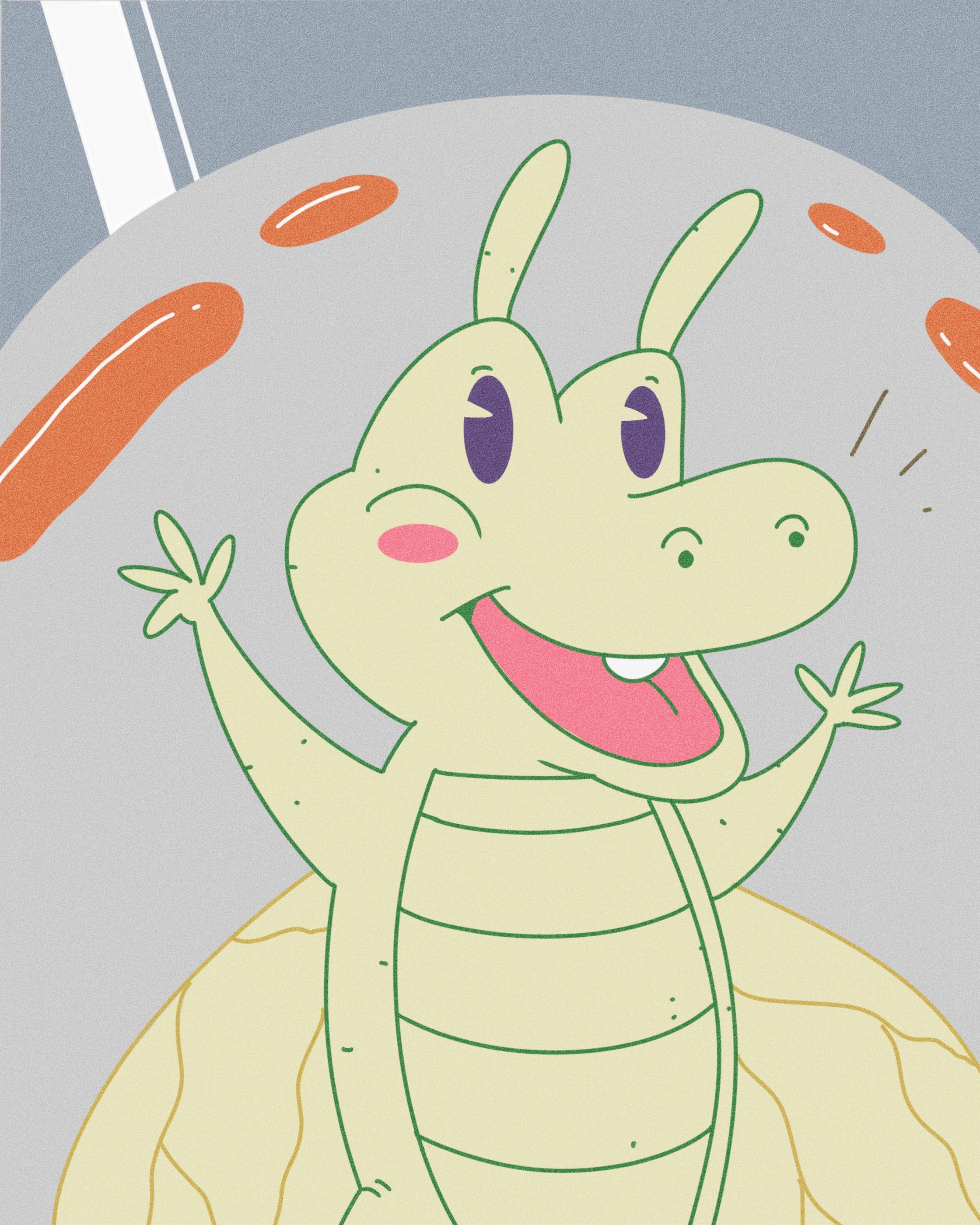
Así que fue él quien habló de nuevo:

“Perdona, olvidé por completo mis modales. Me llamo Chopi, y soy un grillo. Tal vez ya lo sabes. No sé qué tanto saben los humanos de los grillos, pero nosotros sabemos mucho de ustedes. Es porque hablamos su lenguaje”.

La lengua de Renata por fin se destrabó un poco.

“Entonces, ¿los insectos nos entienden todo el tiempo?” preguntó, un poco mortificada de tener cientos de pequeños espías a su alrededor mientras cantaba a todo pulmón cuando creía estar sola.

“No, no, sólo los grillos. Nos hemos hecho más cercanos a ustedes gracias a la música. Nos gusta tanto que también escuchamos sus canciones, y así es como practicamos para entender sus palabras”.



A Renata todo le seguía pareciendo muy raro.

“Yo creo que más bien debo estar soñando” dijo en voz alta.

“Bueno, pues tal vez, pero a mí me pareces muy despierta” le respondió Chopi con mucha amabilidad. “Yo igual quiero aprovechar, si es un sueño, para hablar contigo... ¡Me encantaría enseñarte mi ciudad! Normalmente todos corremos cuando un humano se acerca, pero si vienes conmigo vas a poder verlos a todos”.

“¿Y quiénes son todos?” preguntó Renata con curiosidad.

“¡Mi familia, claro! Todos los grillos nos decimos primos, porque somos tantos y nacemos tan rápido que nos haríamos bolas si de verdad quisiéramos descubrir con quién tenemos una tataratataabuela en común”.

Renata empezó a caminar hacia el ciruelo, como le había dicho Chopi, y casi al llegar le surgió otra duda.

“Oye, hmm, Chopi, gracias por invitarme a ver a tus primos, pero, ¿por qué confías en mí? Mi mamá dice que es peligroso hablar con personas de las que no conocemos ni su nombre”.

“Bueno, pero yo sé que eres Renata, y que nunca le harías daño a uno de nosotros porque te gusta mucho el jardín. Escucho lo que platicas con tu mamá todo el tiempo...”.



En ese momento Chopi empezó a dar saltos de emoción y a gritar.

“¡Ya llegamos! ¡Ya llegamos! Chilpa, Sanqui, ¡vengan! Vengan todos. Renata viene conmigo, ¡y me está escuchando!”.

Renata se arrodilló con cuidado para poder ver de cerca a los cientos de grillos que saltaban en el pasto con el mismo entusiasmo que Chopi. Los saludó con una mano, y comprobó asombrada que una ciudad entera estaba construida al lado del viejo árbol de ciruelas.

No tenía edificios como los que usan los humanos, pero sí que se veían toda clase de puentes y construcciones hechas con ramas y pequeñas hojas, y los grillos no paraban de saltar de una estructura a otra.

“¿Y dónde vives tú, Chopi?” dijo Renata mientras le sonreía a todos los primos de su nuevo amigo. “Seguro que una casa de grillos es muy bonita”.

“Pues... ayer dormí junto al tobogán de hojarasca, y anteayer dormí en ese pequeño techo que hicimos con pasto y restos de telaraña” le respondió Chopi sin dejar de saltar dentro de su frasco, porque al parecer no podía contenerse mientras veía a toda su familia saltando de la misma manera.

Uno de los otros grillos brincó en ese momento dentro del vaso de Renata, y se presentó ante ella como Chilpa.



“Los grillos no tenemos casas” explicó Chilpa, que al parecer había escuchado la pregunta de Renata. Su voz era diferente de la de Chopi, y Renata dedujo que debía ser una grilla. “Los pedazos de nuestra ciudad que tienen techo sólo sirven para protegernos de la lluvia, y también guardar un poco de comida”.

“Pero sobre todo la ciudad está construida para poder dar saltos interesantes de una parte a otra” terminó de explicar Chopi. “Es lo que más nos gusta en la vida, eso y hacer música, claro”.

Renata se fijó con más atención y se dio cuenta de que una flor blanca con pétalos muy alargados estaba llena de diminutos puntos transparentes, y le preguntó a Chopi si podía usar su lupa para mirar mejor.

“Claro, ¡esos son nuestros primos más bebés! Yo era así hace sólo unos días. Esos pétalos son muy suaves, ¿sabes? Me encantaba estar calentito entre todos mis primos, y escuchar a mis mamás tocándonos música”.

“¿Cómo que tus mamás tocaban música?” preguntó Renata abriendo mucho los ojos.

“Pues sí, las grillas y grillos tocamos música, ¡creí que eso ya lo sabías!” dijo Chopi con una sonrisa divertida.

“No, me refiero a cómo puedes tener mamás, en plural.



Los humanos sólo tenemos una” aclaró Renata.

“Uy, no, en eso sí somos muy diferentes. Yo tuve como veinte mamás el primer día... Luego creo que hasta llegaron más. Supongo que sólo una de ellas puso el huevo de donde yo nací, pero ya te dije, somos tantos que nos confundiríamos mucho si tuviéramos que pedirle ayuda a una mamá específica”.

Chilpa saltó emocionada dentro del vaso.

“¡Tener muchas mamás grillas es lo mejor! Cuando quería comer un poco más de polen llegaban tres mamás corriendo a ofrecirme” dijo con voz soñadora, recordando memorias de infancia de hace pocos días.

En ese momento un grillo que Renata imaginó que sería adulto salió de otra parte de la ciudad de pasto y hojas, y saltó hasta acercarse mucho a Chopi y a Chilpa.

“¡Ven aquí arriba, mamá Huistli, ven, queremos presentarte a una amiga!” saltaron los dos grillocuajos dentro del vaso de Renata, que se había sentado para ver todo más de cerca.

Y la grilla adulta en efecto dio un par de brincos más hasta alcanzar el borde del vaso, y cuando estuvo junto a Chilpa y Chopi los saludó afectuosamente usando unas antenas que salían de algún punto de su cabeza.

“¡Ya mamá Huistli, nos estás haciendo muchas cosquillas!”, dijo



Chopi riéndose a todo pulmón.

“Mi pequeño Chopi siempre ha querido conocerte, Renata, desde que te escuchamos hablar con tu mamá y contar cosas muy buenas de nuestro jardín”; mamá Huistli se había girado dentro del vaso y ahora estaba viendo directamente hacia Renata.

“Definitivamente voy a extrañar saltar por aquí con mis pequeñines, cuando tenga que irme”.

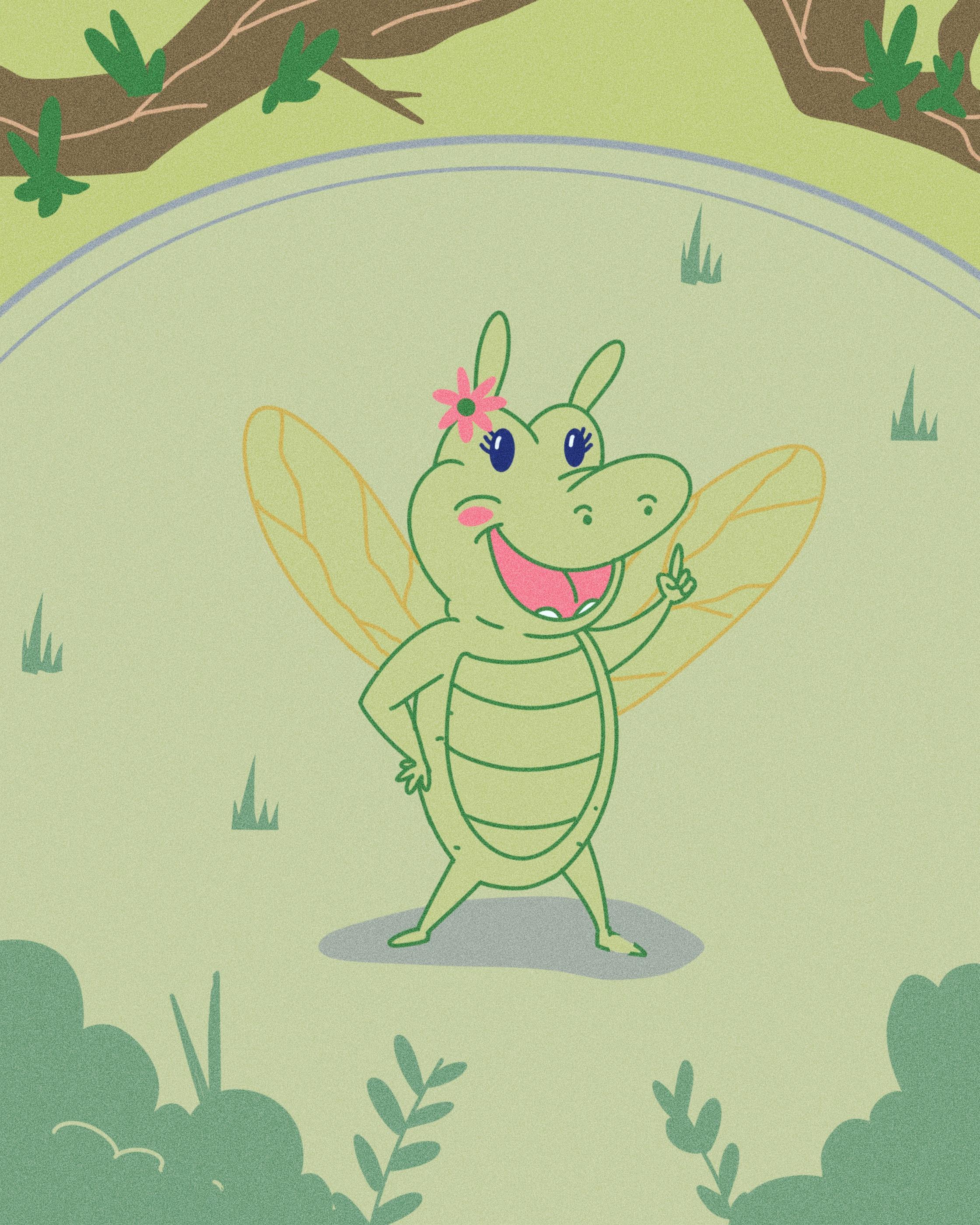
Renata volteó a ver a mamá Huistli con mucha curiosidad. “¿Tiene que hacer un viaje? No sabía que los grillos migraran, como las mariposas”.

Mamá Huistli se rió con una voz muy dulce: “No, querida niña, no; los grillos no estamos hechos para volar ni para ir a pasar el invierno donde se sienta como verano. Yo he vivido toda mi vida en este jardín, y aquí moriré también, muy pronto”.

Chilpa caminó hacia ella, y dio unos saltitos amigables contra su espalda. “Sí, pero todavía nos quedan un par de días juntos, ¿no es es cierto, mamá Huistli?”.

Renata estaba segura de haber oído mal. ¿La mamá de Chopi y Chilpa se iba a morir en sólo dos días? ¿Cómo podían hablar tan tranquilos de ese tema?

Chopi pareció darse cuenta de la cara de no entender nada



que tenía Renata, porque le dijo entre risas, mientras se unía a los saltos de Chilpa: “No creas que no vamos a extrañar a mamá Huistli... Es sólo que los grillos aprendemos a extrañar poquito, porque nuestra vida pasa mucho más rápido que la de ustedes”.

Mamá Huistli también se rió mientras jugaba a atrapar a los pequeños saltarines que daban vueltas alrededor de ella. “No te preocupes, mi niña, a estos dos ya se les han muerto más de veinte mamás antes... Imagínate, si se pusieran tristes un día entero por cada una de nosotras que se va, se quedarían tristes toda su vida”.

Renata seguía encontrando todo aquello muy raro. “Señora, hmm, mamá Huistli” intentó preguntar cortésmente; “¿cuánto viven ustedes entonces?”.

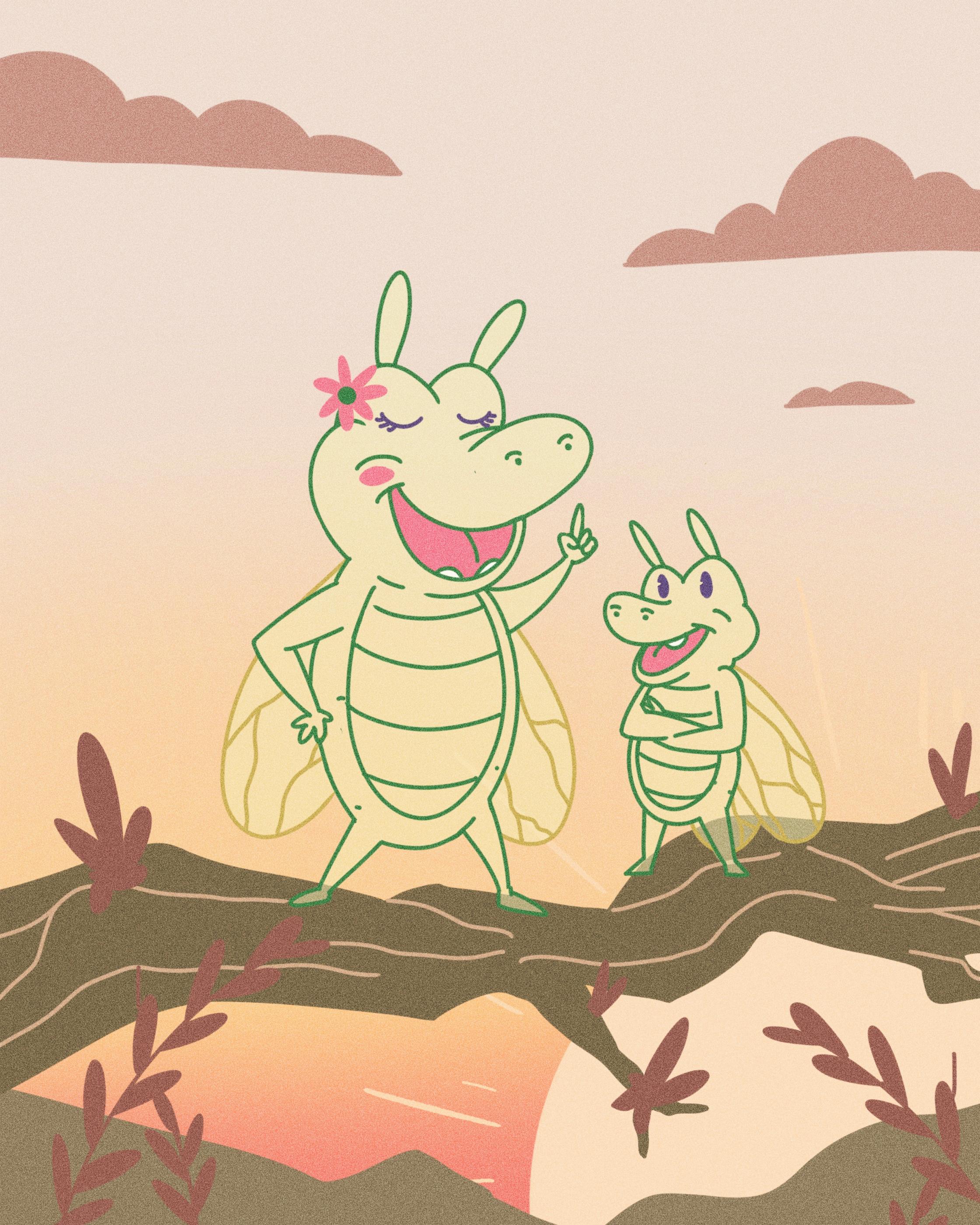
“Unos veintisiete o veintiocho días, pequeña, no más que eso”.

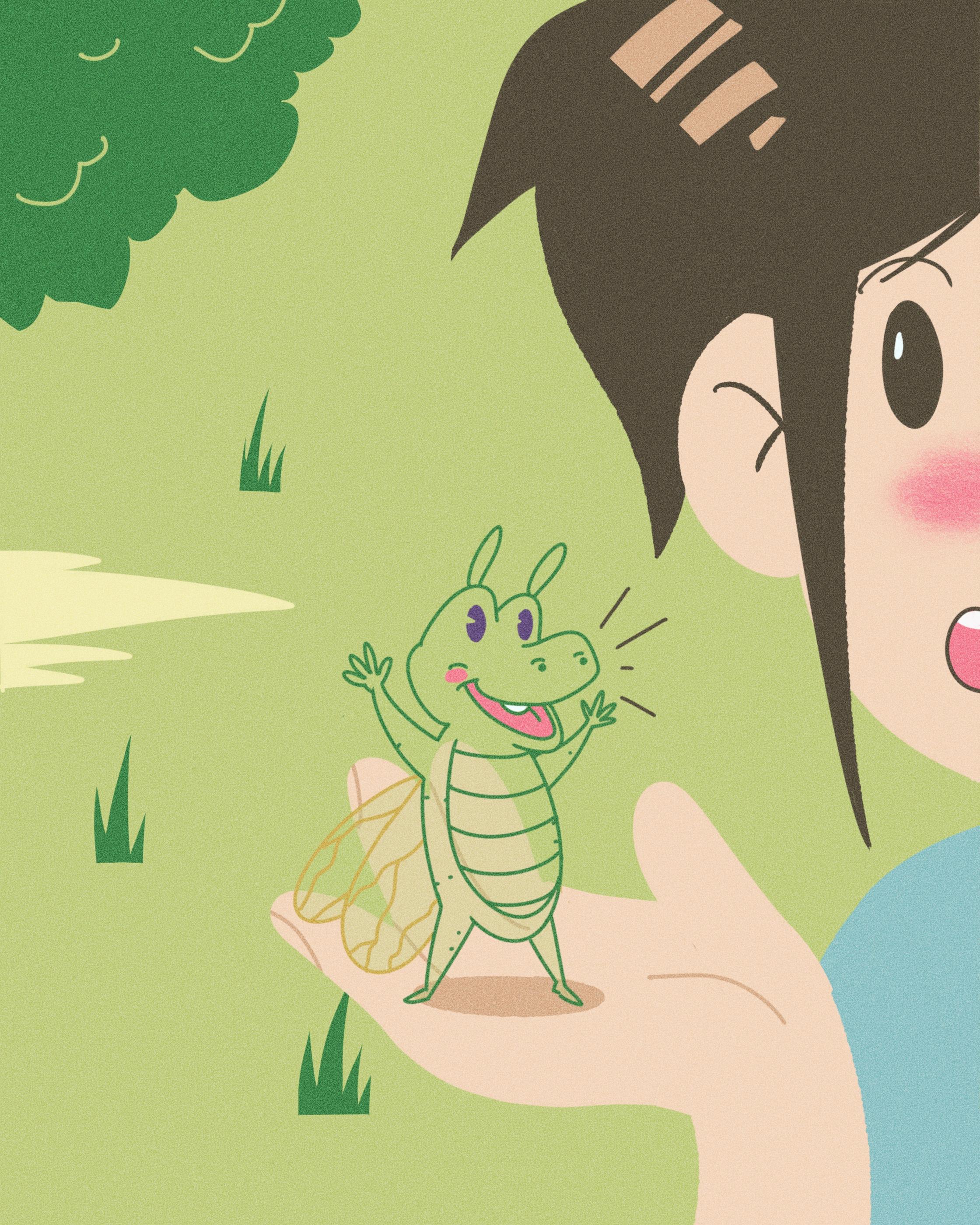
“Oh, no, ¿y cuántos días tiene usted? ¿Cuántos tiene Chopi?”.

Mamá Huistli se rió de nuevo con dulzura. “Yo tengo ya veinticinco días, y Chopi tiene siete, o sea que le quedan tres largas semanas por delante para hacer su vida”.

“¡Eso es demasiado poco!” se escandalizó Renata.

Ahora fue Chopi el que se volvió hacia ella. “¡Para mí no es poco! A mí me gustaría mucho ser tu amigo estas tres semanas,





Renata, si tú quieres”.

Renata pensó que claro que quería, pero estaba un poco asustada. Nunca habría pensado en tener un amigo sabiendo que se iba a morir en tres semanas. ¿No extrañaría demasiado a Chopi después de eso?

Mamá Huistli intervino en ese momento: “Vamos, no te sientas mal porque vivimos poco, pequeña, que nosotros nos la pasamos muy bien. Y nos recordamos con mucho cariño. Hay un dicho grillo que es muy popular entre nosotros: Si te sientes solo, escucha a tus primos cantar”.

Chopi le explicó un poco más a Renata. “Significa que los grillos vivimos para escuchar música, y para hacerla juntos. Y un poco de todos nosotros se queda siempre en las canciones que seguimos tocando. Si nos pusiéramos a estar tristes por vivir poco... Ya no nos daría tiempo de cantar, ¿sabes?”.

“Y si no hiciéramos lo que vinimos a hacer, uff, ése sí que sería un mundo muy triste”, concluyó Chilpa con gran convicción.

Renata seguía sin entender del todo la vida de los grillos, pero sí estaba segura de algo: le encantaba pasar tiempo con Chopi. Así que todos los días iba al jardín a visitarlo, y todas las noches Chopi la visitaba de vuelta en su cuarto, para

platicar un poco antes de que ella se quedara dormida.

Una semana después de haberse conocido, Chopi ya tenía el cuerpo de un grillo adulto. “Eso significa que puedo componer una canción completa para ti”, le contó emocionado.

Un par de días más tarde llegó a su visita nocturna acompañado de Chilpa y otros primos suyos, para interpretar triunfalmente la canción que le había compuesto a Renata. A ella la música le hizo sentir un calor muy bonito en medio del pecho, y sentía como si alguien le acariciara la frente y su cabello mientras escuchaba la canción.

“Muchas gracias, Chopi. Es el regalo más bonito que me han dado”.

Una noche Chopi llegó acompañado de un par de nuevos grillocuajos, a los que estaba cuidando. “Se llaman Tinzo y Chepe”, los presentó muy contento. “Y les estoy enseñando tu canción, para que la toquen desde el jardín todas las noches. ¡Así podrás sentir que sigo haciendo música para ti, cuando ya no esté!”.

A Renata, que había intentado olvidar que sólo tenía tres semanas para pasar con Chopi, este recordatorio de que su amigo no se quedaría mucho rato la puso un poco triste. Aun así terminó sonriendo, sólo de lo emocionado que se veía Chopi mientras guiaba a sus grillocuajos para interpretar juntos la canción de Renata esa noche.



Al día siguiente decidió que quería aprender a hacer música ella misma, y no dejó de insistir hasta que su mamá aceptó inscribirla a clases de piano en una escuela que había cerca de su casa. Renata sonrió mucho cuando, la noche después de su primera clase, le contó a Chopi que ella también estaba aprendiendo a hacer lo que los grillos más aman hacer en el mundo.

Un día en que Renata salió al jardín a buscar a Chopi, no pudo encontrarlo por el arbusto de flores azules donde se habían conocido. Tampoco estaba en la jardinera con piedras de río, que era el otro punto de encuentro para sus reuniones de mediodía.

Renata pensó en ir a buscarlo a la ciudad de los grillos, y preguntarle a alguno de sus primos por él. "No, seguro está ocupado por algo", decidió decirse a sí misma; "mejor esperaré a que venga a visitarme en la noche".

Antes de acostarse en su cama, Renata puso el vaso de vidrio que todas las noches dejaba sobre una mesita, para que Chopi pudiera llegar a platicar con ella. Pero algo dentro de Renata sabía que Chopi no iba a llegar, y desde el momento en que se acostó mirando a la ventana, unas lágrimas empezaron a correr por sus mejillas, y dejaron manchitas de un azul más oscuro sobre la funda azul cielo de su almohada.

Renata lloró dos noches más, en el momento de irse a dormir y mirar el vaso sin su amigo. Pero la tercera noche recordó algo



que él le había dicho, y decidió abrir un poco más la ventana antes de acostarse.

Escuchaba la música de los grillos del jardín, pero no había nada que le resultara conocido. Las lágrimas empezaban a invadir su almohada de nuevo, cuando le llegaron unas notas que reconoció enseguida. ¡Era la canción que Chopi había escrito para ella!

Sin poder creerlo, y sin entender exactamente lo que pasaba, se dio cuenta de que sentía a Chopi muy vivo. Y aunque tal vez siempre extrañaría las visitas nocturnas de su amigo, ahora sabía que Chopi siempre estaría en toda la música que ella escuchara de ella en adelante.

Y si estaba con ella en la música, entonces seguro también estaría con ella en todas las otras cosas que le encantaba hacer, y las nuevas cosas que aprendería a disfrutar tanto como Chopi disfrutaba la música.





“¿Y esa sonrisa tan grande, Renata?” le preguntó su mamá en el desayuno del siguiente día. “Creo que voy a tener que comprar más de este cereal nuevo, que te tiene tan contenta”.

Renata se rió, y volvió a dejar en el tazón la cucharada que había estado a punto de llevarse a la boca.

“Gracias, ma, sí está muy bueno. Pero lo que me tiene muy contenta es que quiero escribirte una canción. Voy a hablar hoy con el profe de piano. Para que me enseñe cómo escribir muchas canciones... lo más rápido que se pueda”.